

importante hito en la historia del fotoperiodismo, hasta el punto, según se afirma en uno de los capítulos, de que la Guerra fue su cuna; la filmación de imágenes en movimiento; los antecedentes en la España republicana y su reflejo en las revistas gráficas de la época; el movimiento profesional en el País Vasco de los años treinta. Todo ello en una época convulsa, con la amenaza de movimientos como el fascismo y el nazismo.

El protagonista indiscutible de esta obra es una Europa que vivía entre guerras, pero cuya panorámica se estrecha hasta ver

con nitidez las características de la España y la Euskadi de entonces. Otros protagonistas del libro son Joseba Elosegui, Southworth, David Seymour 'Chim', Robert Capa, Ernest Hemingway y tantos y tantos otros de menos renombre y de nacionalidades muy diversas.

George L. Steer, desde 1940 integrado en el Ejército inglés, y para entonces teniente coronel al mando de las Unidades de Radiodifusión de Campaña de la India, murió el 25 de diciembre de 1944 en un accidente de tráfico en Bengala Oeste.

### **Un fragmento del mito de Al Qaeda**

*por Xavier Giró*

MARÍN MURILLO, FLORA,  
ARMENTIA VIZUETE, J. L.,  
CAMINOS MARCET, J. M., Y  
ALBERDI EZPELETA, AINTZANE.

(2004):

*La construcción del mito a través de la prensa.*

*El caso Bin Laden.*

Sevilla: Comunicación social.

Ediciones y Publicaciones.

Alrededor de una investigación cuantitativa y cualitativa sobre la construcción del mito de Bin Laden en *El País* y *El Mundo* giran con diversa fortuna los capítulos que componen la obra de la que nos ocupamos. Los capítulos tercero, cuarto, quinto y sexto componen la exposición del estudio. El primero y el segundo son introducciones teóricas al tema y el séptimo contiene las conclusiones.

Del contenido del estudio tuvimos una primera visión en

ZER nº 15 que prácticamente es la que se vuelve a presentar en los capítulos dedicados al análisis cuantitativo. Tanto el que se ocupa de los géneros periodísticos utilizados (el IV) como el que trata de los símbolos destacados en las descripciones del personaje en cuestión (el V). Cabe resaltar las similitudes y diferencias observadas entre los dos diarios analizados. De forma particular, es muy relevante descubrir que las diferencias se dan en asuntos no dependientes de la actualidad -los rasgos psicológicos de Bin Laden-, pero que en temas de rabiosa actualidad las agendas de ambos diarios son equiparables.

Los capítulos de análisis cualitativo enriquecen sobremedida lo ya que conocíamos, aunque la alternancia entre la descripción del mito que les ocupa y la repetida evocación y comparación con otros mitos, especialmente de la antigüedad, resulte incómoda y algo fuera de lugar porque interrumpe muy a menudo el relato esencial. Quizás hubiese resultado más ágil y efectivo dedicar otro capítulo a establecer las comparaciones que se estimasen pertinentes. De todas formas no es un grave inconveniente.

Sí que resultan menos afor-

tunados los capítulos primero y segundo, lo cual es grave porque normalmente los lectores no empiezan los libros por el centro sino por el principio. [Por supuesto siempre hay quien sólo lee las conclusiones del último capítulo -por cierto muy bien hechas-, pero allá él]. El canon académico sugiere que el primer capítulo de un libro en el que se expone el resultado de una investigación ofrezca el marco teórico desde el que se aborda la obra y así ocurre con el que tenemos entre manos. El concepto de mito es visitado desde la perspectiva de múltiples autores (Malinowski, Mircea Eliade, García Gual, Durkheim, Barthes, Juan Cueto, Morin, Roger Silverstone, Pilar Vicente, Gubern, Rollo May, etc.) con desigual rendimiento, a veces porque sus citas pertenecen a otros campos con el que cuesta establecer ligámenes, pero sobre todo porque no desembocan en una definición que, por discutible que pudiese ser, permitiera al lector saber desde que concepción los autores han abordado el estudio.

En ocasiones, en lugar de tomar la ruta más corta, los rodeos resultan fructíferos si por el camino se recogen frutos nutritivos visibles al llegar a destino. En ese rodeo erudito no

encaja bien afirmar que “superadas las concepciones de las primeras corrientes interpretativas -historicistas, alegoristas, evemeristas, etc.- no existe consenso alguno a la hora de delimitar el alcance del mito, pero sí sobre la importancia cultural y social del mismo”. Suponiendo que cuando los autores dicen ‘alcance’ se refieren a algo distinto de ‘importancia’, entonces se les debe reclamar que aunque otros expertos -citados o no- no se pongan de acuerdo, al menos para esta obra fijen conceptos operativos.

No obstante, se debe admitir que no es fácil hacerlo si se manejan afirmaciones atrevidas de la suerte de: “Como sueños colectivos, como aglutinadores de deseos, ilusiones, temores o ansiedades, el mito se renueva en cada momento histórico y su conocimiento es el conocimiento de la sociedad y la cultura de la que surge” (p.14) [la negrita es mía]. Conocer una sociedad probablemente requiere algo más que conocer sus mitos.

Aún más si se dice que “El mito es narración. Más allá del sentido o función del mismo, es una historia que se cuenta, es un discurso, o como muy bien dijo Roland Barthes “el mito constituye un sistema de comunica-

ción, un mensaje [...] [*los puntos suspensivos no son míos*]. Si el mito es un habla, todo lo que justifique un discurso puede ser mito” (Barthes, 1980:199)” (p.15). Más allá de lo que es obvio -la construcción discursiva del mito- y de lo que es exagerado -el mito como ‘habla’-, enfoques tan exhaustivos del concepto de mito como las equiparaciones de la última frase no ayudan demasiado porque decir que todo lo que justifique un discurso ‘puede ser’ mito también equivale a decir que ‘puede no serlo’.

El segundo y breve capítulo (*El discurso mítico ante el 11 de septiembre*) es un ensayo que transcurre alrededor del Bien y el Mal, Dios y Satán, la bipolaridad del discurso político, la legitimación de las guerras y las emociones. Es un texto que requeriría más precisión porque no se puede decir que “Bin Laden surge como una respuesta política del agredido para con sus conciudadanos. Esa respuesta política va a ser enunciada en clave mítica y por tanto va a resistirse a cualquier intento analítico” (p.39) dentro de una obra que justamente pretende analizar una construcción del mito. Tanto la respuesta política como la mediática (que también es política, claro está), pueden ser analizadas.

Es difícil escribir una obra a cuatro manos como se deduciría que ha sido elaborada ésta a juzgar por la forma en que está firmada. Sin embargo de su lectura se diría que no es así, que los capítulos están escritos individualmente, con bastantes elementos repetidos y que podrían haber sido mejor coordinados en cuanto al contenido. Quizás si cada capítulo hubiese sido firmado por su autor las repeticiones no hubiesen sorprendido y cada parte hubiese disfrutado de su autonomía para explayarse en el género académico de su elección.

En cualquier caso, el estudio de la construcción del mito de Bin Laden ofrece resultados

muy interesantes pero peligrosos en el momento de extraer conclusiones si no se tiene en cuenta que tiene lugar en el marco del más amplio discurso sobre el conflicto visualizado alrededor del 11-S. La construcción del héroe y a la vez anti-héroe Bin Laden se entiende mejor si no se analiza aisladamente y si se tiene en cuenta que los periódicos de este lado del Atlántico no sucumbieron a la dicotomía *bushiana* entre el Bien y el Mal, sino que dedicaron una gran parte de su discurso a preguntarse sobre la violencia estructural y física del desorden planetario que habría entre las causas que explican la aparición de fenómenos como Al Qaeda.